



EFESIOS

PARTE 6 – TRABAJAR EN LA CASA

En la entrada de un castillo inglés que se abría al público para visitas guiadas había un cartel que decía: *“Los anfitriones tienen la responsabilidad de hacer sentir a los visitantes que el castillo es su casa, y los visitantes tienen la responsabilidad de recordar que no lo es”* La primera parte de este cartel podría aplicarse a nosotros, porque tenemos la responsabilidad de hacer que Cristo se sienta en casa en nuestro corazón, sin embargo la segunda parte no aplica, porque él es más que un visitante, es el dueño y Señor absoluto del corazón de cada creyente.

“¿Miren lo que les está pasando! Vayan ahora a los montes, traigan madera y reconstruyan mi casa. Entonces me complaceré en ella y me sentiré honrado, dice el Señor.”

Hageo 1:7-8

PREGUNTAS PARA COMENTAR

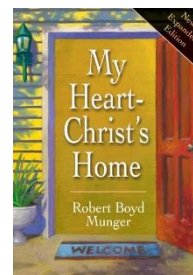
- 1.- ¿Qué fue lo más sobresaliente que Dios te habló por medio de este mensaje?
- 2.- ***Nuestra condición interior es más importante que nuestra situación exterior.*** Lee Hechos 4:29-31. ¿Qué te enseña este pasaje respecto a ciertos casos en los que necesitamos orar por nuestra condición interior, más que por la situación exterior?
- 3.- En Filipenses 4:6 leemos: *“Oren por todo.”* De manera que orar por las situaciones exteriores es bíblico ¡Y muy necesario! Sin embargo, solemos dejar fuera de ese “todo” a nuestro ser interior. ¿Puedes identificar tus principales motivos de oración en la actualidad? ¿Cómo serían tus oraciones respecto a esos temas si tuvieras en cuenta orar por tu condición interior además de orar por las situaciones exteriores?
- 4.- Durante el mensaje utilizamos el relato de Hageo para ilustrar nuestra enseñanza, de que sin importar cuánto nos esforcemos en poner en condiciones las distintas situaciones de nuestra vida, si la casa de Dios, es decir nuestro corazón, no está en condiciones, no habrá nada que nos satisfaga. Lee el capítulo 1 de Hageo y pide a Dios que te siga hablando sobre este tema. Anota lo que aprendas y compártelo con tu grupo.
- 5.- Podemos trabajar en nuestro corazón con la motivación de sentirnos bien, evitar remordimientos en el futuro o tener una vida que sirva de ejemplo a otros. Esas motivaciones no son malas, pero se quedan muy cortas si las comparamos con la motivación más elevada de todas: Que Cristo se sienta en casa en nuestro corazón. De las distintas zonas de la casa que describimos en la alegoría al final del mensaje, ¿En cuál de ellas piensas que el Señor se siente más *“en casa”*? ¿Por qué?
- 6.- ¿Cuál de esas zonas consideras que está más descuidada? ¿Qué deberías hacer para que ese sea un ambiente agradable para Cristo?

“Deberíamos trabajar en nuestro corazón de tal manera que Cristo se sienta en casa.”



Resumen de “*Mi Corazón, el Hogar de Cristo*”

Autor: Robert Boyd Munger – Editorial: IVP Books



Nunca olvidaré la noche en que lo invité a mi corazón. ¡Qué entrada hizo! No fue algo espectacular, emocional, sino muy real, que ocurrió en el centro de mi alma. Entró en la oscuridad de mi corazón y encendió la luz. Encendió fuego en el hogar frío y comenzó la música donde había quietud y armonía donde había discordia. Llenó el vacío con su propia comunión amorosa. Nunca me he arrepentido de haber abierto la puerta a Cristo, y nunca lo haré.

Este, por supuesto, es el primer paso para hacer del corazón el hogar de Cristo. Si quieres conocer la realidad de Dios y la presencia personal de Jesucristo en la parte más íntima de tu ser, simplemente abre la puerta y pídele que entre y sea tu Salvador y Señor.

Después de que Cristo entró en mi corazón, en el gozo de esa relación recién descubierta, le dije: "Señor, quiero que este corazón mío sea tuyo. Quiero que te instales aquí y estés completamente en casa. Quiero que lo uses como tuyo. Déjame mostrarte y señalar algunas de las características de la casa para que te sientas más cómodo. Quiero que disfrutes de nuestro tiempo juntos." Estaba contento de venir y parecía encantado de que le diera un lugar en mi corazón.

El estudio

La primera habitación que vimos juntos fue el estudio: la biblioteca. Llamémoslo el estudio de la mente. Ahora en mi casa, esta habitación de la mente es una habitación pequeña con paredes gruesas. Pero es una sala importante. En cierto sentido, es la sala de control de la casa. Entró conmigo y miró a su alrededor los libros en la estantería, las revistas en la mesa, las fotos en las paredes.

Mientras seguía su mirada, me sentí incómodo. Por extraño que parezca, no me había sentido mal por esta habitación antes, pero ahora que él estaba allí conmigo mirando estas cosas, me daba vergüenza. Había algunos libros en los estantes que sus ojos eran demasiado puros para mirar. Sobre la mesa había algunas revistas que un cristiano no tiene por qué leer. En cuanto a las imágenes en las paredes, la imaginación y los pensamientos de mi mente, algunos de estos eran vergonzosos.

Con la cara roja, me volví hacia él y le dije: "Maestro, sé que esta habitación realmente necesita ser limpiada y renovada. ¿Me ayudarás a darle forma y cambiarlo como debería ser?" "Ciertamente", respondió. "¡Un placer ayudarte! ¡He venido a manejar cosas como estas! En primer lugar, toma todos los materiales que estás leyendo y viendo que no son verdaderos, buenos, puros y útiles, ¡y tíralos! Ahora coloca en los estantes vacíos los libros de la Biblia. Llena la biblioteca con Escrituras y medita en ellas día y noche. En cuanto a las imágenes en las paredes, tendrás dificultades para controlar estas imágenes, pero tengo algo que te ayudará." Me dio un retrato de él en tamaño completo. "Cuelga esto en el centro de la sala." Lo hice, y he descubierto a través de los años que cuando mis pensamientos se centran en Cristo, la conciencia de su presencia, pureza y poder hace que los pensamientos incorrectos e impuros retrocedan. Entonces él me ayudó a poner mis pensamientos bajo su control, a pesar de que la lucha continúa.

Si tienes dificultades con esta pequeña habitación de la mente, permíteme animarte a traer a Cristo allí. Llénalo con la Palabra de Dios, estúdiala, medita en ella y mantén claramente delante de tus ojos la presencia del Señor Jesús.

El comedor

Desde el estudio pasamos al comedor, la sala de los apetitos y los deseos. Ahora esta era una habitación grande, un lugar muy importante para mí. Pasé mucho tiempo y trabajo duro tratando de



satisfacer todos mis deseos. Le dije: “Esta es una habitación favorita. Estoy seguro de que estarás satisfecho con lo que servimos aquí “. Se sentó a la mesa y preguntó:” ¿Qué hay en el menú para cenar esta noche? ” “ Bueno ”, le dije, “ mis platos favoritos: dinero, títulos académicos, reconocimiento de la gente y unos cuantos logros más ”. Estas eran las cosas que me gustaban. No había nada realmente malo en ninguno de ellos, pero en realidad no era el tipo de comida que alimentaría el alma y satisfaría el verdadero hambre espiritual.

Cuando los platos se colocaron ante mi nuevo amigo, no dijo nada. Observé, sin embargo, que él no comió. Le pregunté, algo perturbado: “Salvador, ¿no te gusta esta comida? ¿Cuál es el problema? ” Él respondió:” Tengo una comida para comer que no conoces. Mi comida es hacer la voluntad del que me envió “. Me miró de nuevo y dijo:” Si quieres comida que realmente te satisfaga, haz la voluntad de tu Padre celestial. Pon su placer antes que el tuyo. Deja de luchar por tus propios deseos, tus propias ambiciones, tus propias satisfacciones. Busca complacerlo. Esa comida realmente te satisfará. ¡Pruébalo un poco!”

Y allí, sobre la mesa, me dio la oportunidad de probar la voluntad de Dios. ¡Que sabor! No hay comida como esta en todo el mundo. Solo eso satisface. Al final, todo lo demás te deja con hambre.

¿Cuál es el menú en el comedor de nuestros deseos? ¿Qué tipo de comida le estamos sirviendo a nuestro compañero divino y a nosotros mismos? ¿Nuestros deseos egocéntricos? ¿O estamos encontrando que la voluntad de Dios es nuestra carne y bebida que satisface el alma?

“Pues el mundo solo ofrece un intenso deseo por el placer físico, un deseo insaciable por todo lo que vemos, y el orgullo de nuestros logros y posesiones. Nada de eso proviene del Padre, sino que viene del mundo; y este mundo se acaba junto con todo lo que la gente tanto desea; pero el que hace lo que a Dios le agrada vivirá para siempre. (1 Juan 2:16-17),

La sala de estar

Nos trasladamos a la sala de estar. Era una habitación tranquila y cómoda con un ambiente cálido. Me gustó. Tenía una chimenea, un sofá, sillas mullidas, una estantería y un ambiente íntimo. También parecía satisfecho con eso. Él dijo: “De hecho, esta es una habitación encantadora. Vamos a venir aquí a menudo. Está apartado y tranquilo, y podemos tener buenas conversaciones y compañerismo juntos”.

Bueno, naturalmente, como joven cristiano, estaba emocionado. No podía pensar en nada que preferiría hacer que pasar unos minutos a solas con Cristo en compañía cercana. Él prometió: “Estaré aquí todas las mañanas temprano. Encuéntrame aquí y comenzaremos el día juntos.”

Entonces, mañana tras mañana, bajaba a la sala de estar. Sacaba un libro de la Biblia de la estantería, lo abría y lo leíamos juntos. Él me mostraba la maravilla de la verdad salvadora de Dios registrada en sus páginas y hacía que mi corazón cantara mientras compartía todo lo que había hecho por mí. Esos momentos juntos fueron maravillosos. A través de la Biblia y su Espíritu Santo me hablaba. En oración yo respondería. Entonces nuestra amistad se profundizó en estos tiempos tranquilos de conversación personal.

Sin embargo, bajo la presión de muchas responsabilidades, poco a poco, esta vez comenzó a acortarse. No sé por qué, pero de alguna manera asumí que estaba demasiado ocupado para dar tiempo especial y regular para estar con Cristo. Esta no fue una decisión deliberada, usted entiende; simplemente parecía suceder de esa manera. Eventualmente, no solo se acortó el período, sino que comencé a perder días de vez en cuando. Los asuntos de urgencia que exigían mi atención continuaban desplazando los momentos tranquilos de conversación con Jesús. A menudo lo echaría de menos dos días seguidos o más.



Una mañana, recuerdo que me apresuré a bajar las escaleras para ir a una cita importante. Cuando pasé por la sala de estar, la puerta estaba abierta. Al mirar hacia adentro vi un fuego en la chimenea y a Jesús sentado allí. De repente, consternado, se me ocurrió. Él es mi invitado. ¡Lo invité a mi corazón! Él ha venido como mi Salvador y Amigo para vivir conmigo. Sin embargo, aquí lo estoy descuidando. Me detuve, me di la vuelta y entré vacilante. Con una mirada abatida dije: “¡Maestro, lo siento! ¿Has estado aquí todas las mañanas?”

" Sí ", dijo. “Te dije que estaría aquí para reunirme contigo”. ¡Estaba aún más avergonzado! Había sido fiel a pesar de mi infidelidad. Le pedí que me perdonara, y lo hizo, como siempre lo hace cuando reconocemos nuestros fracasos y queremos hacer lo correcto.

Él dijo: “El problema es que has estado pensando en el tiempo de silencio, en el estudio de la Biblia y la oración, como un medio para tu propio crecimiento espiritual. Esto es cierto, pero has olvidado que estos tiempos también significan algo para mí. Recuerda que yo te amo. A un gran costo te he redimido, valoro tu compañerismo. No descuides esta hora, recuerda que quiero estar contigo. ¡Realmente te amo!”

Sabes, la verdad de que Cristo quiere mi compañerismo, que él me ama, quiere que esté con él y me espera cada día, ha transformado mi tiempo tranquilo con Dios más que cualquier otra cosa. No dejes que Cristo espere solo en la sala de tu corazón. Todos los días encuentra un momento y un lugar cuando, con la Palabra de Dios y en oración, puedas estar junto a él.

La cocina

“Hemos disfrutado muchas buenas comidas aquí”, me dijo mi Señor más tarde cuando estábamos en la cocina. “Sí, así es”, dije con un sentimiento de satisfacción.

“Creo que estás listo”. “¿Listo para qué?” Tenía curiosidad sobre lo que tenía en mente. “Creo que estás listo para ayudar en la cocina. Con una familia tan grande como la mía, con muchos niños pequeños (y también adultos) devorando grandes cantidades de comida, la cocina puede ser la habitación más concurrida de mi casa. “Preparar y servir alimentos es esencial para mantener a una familia sana y feliz. Sin una alimentación adecuada, las personas se debilitan, enferman e incluso mueren.”

En la familia de Dios hay muchos que hacen tareas de cocina. Ministros, misioneros, empleados y voluntarios. Se dedican a preparar y servir el Pan de Vida al pueblo de Cristo. Están ansiosos por ofrecerlo a todos los que lo recibirán. Pero la presión puede ser grande. Muchos cocineros se agotan, abandonan o se conforman con hacer trabajos superficiales y obedientes que no son ni emocionantes ni productivos. Muchos cocineros están tratando de hacer el trabajo solos”.

Me tomé muy en serio sus palabras. Cuando comencé a servir a Cristo en la cocina de mi corazón rápidamente aprendí que hay muchos otros miembros de la familia que tienen la voluntad y la capacidad de ayudarme, si solo les diera la oportunidad.

¡Qué diferencia hay cuando existe un buen equipo en la cocina con uno preparando las ensaladas, otro los postres y otros los platos principales! Y no debo olvidar a aquellos que ponen la mesa, lavan los platos y limpian las ollas y sartenes. Ellos también son necesarios e importantes. En una buena familia unida, siempre hay quienes están ansiosos por echar una mano.

Créame, estoy convencido de servir a Cristo como miembro de un equipo, especialmente cuando somos conscientes de que la tarea está más allá de nuestras capacidades. Luego orando juntos, trabajando juntos, animándonos unos a otros, a menudo nos sorprende lo que Dios hace para alimentar y bendecir a su familia. Jesús trabajó en un equipo con sus discípulos. El apóstol Pablo



también lo hizo y enseñó lo importante que es para el pueblo de Dios tener una sola mente, unida, como un solo cuerpo de Cristo. Servir como miembro del equipo cristiano no requiere dones inusuales o perfección de desempeño. Requiere depender de la gracia de Dios. Estar en un equipo de "cocineros" me ha hecho a menudo más consciente de que mi corazón era el hogar de alguien "capaz de hacer muchísimo más de lo que pedimos o imaginamos" (Efesios 3:20)

El armario

Hay una cuestión más de importancia crucial que me gustaría compartir con ustedes. Un día lo encontré esperándome en la puerta principal. Una mirada deslumbrante estaba en sus ojos. Cuando entré, me dijo: "Hay un olor peculiar en la casa. Algo debe estar muerto por aquí. Está en el piso de arriba. Creo que está en el armario del pasillo."

Tan pronto como dijo esto, supe de qué estaba hablando. En ese armario, detrás de la puerta cerrada con llave, tenía una o dos pequeñas cosas personales que no quería que nadie supiera. Por cierto, no quería que Cristo las viera. Eran cosas muertas y podridas que quedaron de la vieja vida, no eran buenas para tener en la vida cristiana, pero de alguna manera yo amaba esas cosas y estaban ahí, ocultas. Las quería tanto que tenía mucho miedo de admitir que estaban allí. De mala gana subí las escaleras con él. Mientras montamos, el olor se hizo más y más fuerte. Señaló la puerta y dijo: "¡Está ahí! ¡Algo muerto!"

¡Me enfureció! Esa es la única forma en que puedo decirlo. Le había dado acceso al estudio, el comedor, la sala de estar, la cocina, y ahora me estaba preguntando acerca de un pequeño armario. Me dije a mí mismo: "¡Esto es demasiado! No voy a darle la llave".

"Bueno", respondió, leyendo mis pensamientos, "si crees que me voy a quedar aquí en el segundo piso con este olor, estás equivocado. Sacaré mi cama en el porche trasero o en otro lugar. Ciertamente no voy a quedarme con eso". Y lo vi comenzar a bajar las escaleras.

Cuando has llegado a conocer y amar a Jesucristo, una de las peores cosas que puede suceder es sentir que él retira su rostro y su compañerismo. Tuve que ceder. "Te daré la llave", dije con tristeza, "pero tendrás que abrir el armario y limpiarlo. No tengo fuerzas para hacerlo." "Lo sé", dijo. "Sé que no lo has hecho. Solo dame la llave. Simplemente necesito tu disposición a dejarme manejar ese armario y lo haré." Entonces, con dedos temblorosos, le pasé la llave. La tomó de mi mano, se acercó a la puerta, la abrió, sacó las cosas que se pudrían allí y las tiró a la basura. Luego limpió el armario, lo pintó y lo arregló todo en un momento. Inmediatamente una brisa fresca y fragante barrió la casa. Todo el ambiente cambió. ¡Qué liberación y victoria tener esa cosa muerta fuera de mi vida! No importa qué pecado o qué dolor pueda haber en mi pasado, Jesús está listo para perdonar y sanar.

Transfiriendo el título

Entonces se me ocurrió una idea. Me dije a mí mismo: "He estado tratando de mantener este corazón mío limpio y disponible para Cristo, pero es un trabajo duro. Comienzo en una habitación, y apenas la he limpiado, descubro que otra habitación está sucia. Comienzo en la segunda habitación, y la primera ya está polvorienta de nuevo. Me estoy cansando tratando de mantener un corazón limpio y una vida obediente. ¡Simplemente no estoy a la altura!" De repente, pregunté: "Señor, ¿existe la posibilidad de que estés dispuesto a administrar toda la casa y operarla por mí tal como lo hiciste en el armario? ¿Podría darte la responsabilidad de mantener mi corazón como debería ser?"

Pude ver su rostro iluminarse cuando respondió: "¡Me encantaría! Esto es exactamente lo que vine a hacer. No puedes vivir la vida cristiana con tus propias fuerzas. Eso es imposible. Déjame hacerlo por ti y a través de ti. ¡Esa es la única forma en que realmente funcionará! Pero ", agregó lentamente, "no soy el dueño de esta casa. Recuerda, estoy aquí como tu invitado. No tengo autoridad para



hacerme cargo ya que la propiedad no es mía.” En un instante todo quedó claro. Emocionadamente exclamé: "Señor, tú has sido mi invitado y he estado tratando de ser el anfitrión. De ahora en adelante serás mi dueño y el dueño de la casa. ¡Yo voy a ser el sirviente! Corrí lo más rápido que pude a la caja fuerte, saqué la escritura de propiedad de la casa que describe sus activos y pasivos, su condición, su ubicación y su situación. Luego, corriendo hacia él, lo firmé ansiosamente, dándole el título de propiedad para siempre.

Dejándome caer de rodillas, se lo presenté: “Aquí está, todo lo que soy y tengo para siempre. Ahora manejas la casa. Solo déjame quedarme contigo como tu servidor y amigo.”

Él tomó mi vida ese día, y puedo darte mi palabra, no hay mejor manera de vivir la vida cristiana. Él sabe cómo conducirnos. Una profunda paz se estableció en mi alma que se ha mantenido. ¡Soy suyo y él es mío para siempre!

Que Cristo se establezca y esté en casa como Señor de su corazón también.

